

MIME (*después de pensarlo un rato*).—Ya que tanto te has movido sobre el haz de la tierra, y tanto has viajado por el mundo: dime, pues, ¿qué especie vive en sus profundidades?

EL VIAJERO.—En las profundidades de la tierra viven los nibelungos: Nibelheim es su patria. Son negros; el negro Alberto fué en un tiempo su soberano: el mágico poder de un misterioso anillo subyugaba á su pueblo activo. Le amontonaron riquísimos tesoros, que debían ganarle el mundo. Venga la segunda pregunta, enano.

MIME (*pensativo*).—Mucho sabes, viajero, del lugar de las tinieblas: dime ahora, ¿qué especie descansa sobre la corteza terrestre?

EL VIAJERO.—Sobre la corteza de la tierra descansa la generación de los gigantes; su patria es Riesenheim; Fasolt y Fafner envidiaron el poder del nibelungo; se ganaron el poderoso tesoro y con él, el anillo; por éste se encendió cruda guerra entre los dos hermanos; cayó Fasolt y Fafner guarda el tesoro. Oigamos la pregunta tercera.

MIME (*que está como soñando*).—Mucho sabes, viajero, del áspera corteza de la tierra: dime ahora, ¿qué especie habita la región de las nubes?

EL VIAJERO.—En las regiones de las nubes viven los dioses: Walhalla se llama su morada; son gente de luz; Wotan los rige. Del fresno del mundo, de la rama sagrada se hizo una lanza; el tronco se seca, pero nunca se pudre la lanza; con su punta domina Wotan el mundo. En el asta escribió fórmulas misteriosas; quien posee esta lanza dueño es del mundo; ahora Wotan la tiene en la mano. Ante él se inclinó el ejército de los nibelungos, la raza de los gigantes acató sus consejos: todos para siempre obedecen al poderoso señor de la lanza. (*Da, como involuntariamente, un golpe en el suelo con ella; se oye un trueno*

*que asusta en alto grado á Mime.*) Ahora dí, sabio enano; ¿contesté bien á las preguntas? ¿conservo libre mi cabeza?

MIME (*despertando de su letargo, atónito y sin atreverse á mirar al viajero*).—¡Has contestado á las preguntas y has salvado la cabeza: ahora, viajero, sigue tu camino!

EL VIAJERO.—Habías de preguntar algo que te fuera de provecho; mi cabeza respondió de la solución. Ahora quiero la tuya en prenda de que no sabes lo que más te conviene. Tu saludo no me ofreció hospitalidad, puesto que puse en tus manos mi vida para poder gozar de tu albergue. ¡Si no resuelves las tres preguntas que á dirigirte voy, mía es tu cabeza: ánimo, pues, Mime!

MIME (*con timidez y gran humildad*).—Tiempo hace que abandoné mi patria, y me separé de mi madre; un día la mirada de Wotan me iluminó en la cueva; ante él pierdo mi ingenio. Sin embargo, tal vez obligado por la necesidad logre salvar mi cabeza!

EL VIAJERO.—Contesta pues, buen enano, á la primera pregunta: ¿cuál es la generación que Wotan trata peor y que no obstante le es más querida?

MIME.—He oído hablar poco de la raza de los héroes: pero, voy á responder á tu pregunta. La generación maravillosa que Wotan ama tiernamente aunque al parecer la aborrezca, es la de los welsas. Segismundo y Sigelinda, dos desdichados gemelos, descienden de ellos: ellos mismos engendraron á Sifredo el más vigoroso entre los de su raza. ¿Salvo por la primera pregunta mi cabeza, viajero?

EL VIAJERO.—Conoces perfectamente esta generación: ¡eres muy astuto! Resolviste la primera pregunta; contéstame á la segunda, enano. Un sabio nibelungo guarda á Sifredo, quien, para conquistar el mágico anillo, ha de combatir con Fafner. ¿Qué espada blandirá Sifredo para matar á Fafner?

MIME (*olvidando cada vez más su presente situación, y atraído por el asunto de que trata*).—Nothung se llama la espada. Wotan la hundiò en un fresno, destinándola á quien de allí la arrancase: los héroes más fuertes lo intentaron pero nadie pudo; sólo Segismundo el valiente lo logró; con ella peleaba en el combate hasta que la hizo pedazos la lanza de Wotan. Ahora guarda los trozos un hábil herrero, sabiendo que sólo con la espada de Wotan, Sifredo, niño sencillo y osado, vencerá al fiero dragón. (*Muy satisfecho*.) ¿Continúa dueño de su cabeza el enano?

EL VIAJERO.—Ingenioso eres como ninguno: ¿quién te igualará en sabiduría? Pero ya que tanto sabes, que hasta quieres utilizar á un héroe niño para tus proyectos, ¡allá va la tercera pregunta! Dime, hábil herrero, ¿quién forjará con los pedazos de Nothung la espada?

MIME (*se levanta con el mayor sobresalto*).—¡Los pedazos! ¡La espada! oh desgracia, no sé lo que me pasa! ¿Qué hago? ¿qué digo? ¡Maldito acero! ¿Por qué te robé? me ha llenado de miseria y dolor; se resiste á mis esfuerzos, no puedo ablandarlo, no puedo malearlo: el herrero más sabio no encuentra solución: ¿quién soldará los pedazos si no lo hago yo? ¿Cómo podré acertar con esta maravilla?

EL VIAJERO (*levantándose del hogar*).—Tres preguntas podías hacer, tres veces me expuse: preguntaste sobre regiones lejanas; pero lo que más cerca tenías y lo que para ti más necesario era, no se te ocurrirá. Si doy solución á esta pregunta, te vuelves loco: he ganado tu ingeniosa cabeza. Ahora escucha, enano vencido, vencedor de Fafner: Sólo aquel que no sabe lo que es miedo, forjará de nuevo á Nothung. (*Mime le mira pasmado, Wotan se dispone á marcharse*.) Desde hoy está empeñada tu cabeza, la cederé á quien nunca conoció el temor. (*Se ríe y sale en dirección al bosque*).

MIME (*se deja caer abatido en el banquillo junto al yunque: extasiado mira hacia el bosque que está iluminado por el sol. Al poco rato empieza á temblar*).—Maldita luz! ¿qué arde allí en el aire?... ¿qué brilla y se agita en el ardoroso sol? ¡Se acerca, viene! atraviesa el bosque! es el dragón! Fafner! Fafner!

(*Grita y cae rendido detrás del ancho yunque*).

SIFREDO (*saliendo de los matorrales del bosque y gritando desde fuera*).—¡Eh! holgazán! ¿has acabado? veamos: ¿cómo está la espada? (*Entra y se para asombrado*.) ¿Dónde está el herrero? se habrá escapado! ¡Ea! Mime, mandria! ¿Dónde estás? ¿dónde te has escondido?

MIME (*con voz apagada, detrás del yunque*).—¿Eres tú, hijo mío? ¿vienes solo?

SIFREDO.—¿Detrás del yunque? ¿dí, qué hacías allí? ¿me afilabas la espada?

MIME (*perturbado y distraído*).—¿La espada? ¿cómo había de soldarla? (*Aparte*.) «Solo el que no conozca lo que es miedo, forjará de nuevo Nothung»... No seré yo, porque yo harlo sé lo que es.

SIFREDO.—¿Quieres hablar?

MIME (*como antes*).—¿De dónde sacar un buen consejo? En la apuesta he perdido mi cabeza; desde entonces pertenece á quien nunca conoció el temor.

SIFREDO (*enojado*).—¿Qué es eso? ¿te burlas de mí?

MIME (*volviendo poco á poco en sí*).—Huiría de aquel que aprendió á temer. ¡Pero esto no se lo enseñé al niño! Yo, tonto de mí, olvidé lo único bueno: que aprendiese á quererme; ¡eso no lo logré! ¿Cómo le enseñé á temer?

SIFREDO (*le coge*).—¡Eh! ¿tendré que ayudarte? ¿qué has hecho hoy?

MIME.—He estado pensando en enseñarte algo nuevo é importante.

SIFREDO (*riendo*).—¿Y por eso te tendiste en el suelo? ¿qué sabiduría te comunicó?

MIME (*reponiéndose cada vez más*).—Aprendí á tener miedo, para podértelo enseñar á ti.

SIFREDO.—¿Qué es eso de miedo?

MIME.—¿No lo sabes? ¿y quieres salir del bosque para correr mundo? ¿De qué te serviría el acero más fuerte, si no supieses lo que es miedo?

SIFREDO.—¡Estás ideando algún mal consejo!

MIME.—Tu madre habla por mi boca: he de cumplir lo prometido: no dejarte ir al mundo astuto, sin que hayas aprendido antes lo que es miedo.

SIFREDO.—¿Es esto un arte? ¿no lo conozco? dí pronto ¿qué es?

MIME (*cada vez más entusiasmado*).—¿Nunca sentiste en bosque umbrío á la luz del crepúsculo, en sitio oscuro, cuando de lejos se oye un murmullo, un zumbido, que se acerca cada vez más, cuando luces confusas te rodean; no sentiste entonces correr por todos tus miembros un frío aterrador, perturbados los sentidos, oprimido el pecho y tembloroso el corazón! ¡Si no has sentido aún esto, no sabes lo que es miedo!

SIFREDO.—¡Extraña cosa debe de ser! mi corazón siempre late fuerte y tranquilo. Con gusto quisiera sentir ese calofrío y ese terror, esa intranquilidad, ese temblor, ese perder los sentidos. ¿Pero cómo me lo enseñarás, Mime? ¿cómo quieres tú, tan cobarde, ser mi maestro?

MIME.—Sígueme; ya dí con el medio de que conocas el temor. Hay cerca de aquí un dragón fiero, cuyas víctimas son ya numerosas: Fafner te enseñará lo que es el miedo; vamos á su madriguera.

SIFREDO.—¿Donde está?

MIME.—En una cueva que se llama de la envidia: está situada en la parte que mira á levante, al extremo del bosque.

SIFREDO.—¿De modo que no está lejos del mundo?

MIME.—Este se encuentra muy cerca de la cueva de la envidia.

SIFREDO.—Pues condúceme allá. Una vez haya aprendido lo que es el miedo, me voy al mundo! ea! dame pronto la espada, quiero blandirla en el mundo!

MIME.—¿La espada? ¡oh qué apuro!

SIFREDO.—Pronto..... al yunque, veamos lo que has hecho.

MIME.—¡Maldito acero! no lo sé soldar! No hay martillo de enano que venza el tenaz encanto. Sólo podrá lograrlo quien no conozca el miedo.

SIFREDO.—¡Cómo te escurre, holgazán! confiesa que eres un chapucero, y no vengas á disculparte con embustes. ¡Dame los pedazos! quita de ahí, remendón; en mis manos se ablandará el acero de mi padre: ¡yo mismo forjaré la espada!

MIME.—Si hubieses cultivado con aplicación este arte, ahora te sería utilísimo; pero siempre fuiste indolente en aprender: ¿qué te propones, muchacho?

SIFREDO.—Lo que no pudo hacer el maestro ¿lo haría el aprendiz aunque siempre te hubiese escuchado? Déjame hacer, no te metas en ello: si no, te me caerás en el fuego!

(*Ha amontonado gran cantidad de carbón sobre el hornillo y mientras prenden las llamas coloca los pedazos de la espada en el fuego, y los lima.*)

MIME (*mirándole*).—¿Qué estás haciendo? ¡Empieza á soldar! hace tiempo que tengo preparado el estaño!

SIFREDO.—No lo necesito: ¡no pego con cola una espada!

MIME.—Estás gastando la lima, ¿cómo quieres pulverizar el acero?

SIFREDO.—He de reducirla á polvo: así se une lo roto.

MIME (*mientras Sifredo sigue limando*).—Aquí no sirven para nada los consejos del experto, ya lo veo:

¡aquí le ayuda al tonto su propia torpeza! qué pena se toma y cómo se entusiasma; va desapareciendo el acero pero él no se cansa! ¡Soy tan viejo como la cueva y el bosque y nunca ví cosa semejante! Conseguirá recomponer la espada, lo estoy viendo: el viajero tenía razón; no conociendo el miedo, la acabará. ¿Cómo salvo yo ahora mi cabeza? Cae en poder de este valeroso muchacho, si Fafner no le enseña lo que es miedo. Pero, desgraciado de mí, ¿cómo ha de matar al dragón, si de él mismo lo aprende? ¿cómo he de conseguir el anillo? Perdido estoy, si no encuentro un modo de vencer á este valiente.

SIFREDO (*ha limado los pedazos y los ha metido en un crisol, que coloca ahora sobre las ascuas: luégo, aviva el fuego con el fuelle*).—¡Eh! ¿qué te parece? ¿cómo se llama la espada, que he convertido en polvo?

MIME (*saliendo de su ensimismamiento*).—Nothung se llama la espada deseada: tu madre me lo dijo.

SIFREDO (*trabajando*).—¡Nothung! Nothung! espada deseada ¿por qué te has roto? Á polvo reduje tus agudos filos! puse en el crisol las limaduras! ah! sopla las ascuas, fuelle! sopla las ascuas! he cortado el fresno que crecía en el bosque, lo carbonicé y ahora lo tengo amontonado en el hornillo! sopla fuelle, sopla las ascuas; ¡qué alegre y reluciente arde el carbón del árbol! ¡Se deshace en chispas fugaces, ya derrite el polvo del acero; pronto te blandiré, espada mía, Nothung, acero deseado!

MIME (*sentado á corta distancia de Sifredo y hablando consigo mismo*).—Forjará la espada y vencerá á Fafner, estoy seguro de ello; en la lucha le ganará el tesoro y el anillo: ¿cómo me apropio el botín? Con ingenio y astucia lo lograré, y pondré mi cabeza en salvo. Cuando, después de pelear con el dragón, esté cansado, le ofreceré una bebida, preparada con sabrosas hierbas que recogí; unas cuantas gotas bastarán para que

concilie profundo sueño. Con la misma espada que ha forjado en un momento, lo quitaré de en medio y me ganaré tesoro y anillo. ¡Eh! sabio viajero, ¿me tenías por tonto? ¿qué te parece mi ingenio?... ¿encontré consejo y tranquilidad?

(*Se levanta muy satisfecho, coge una vasija de la cual saca algunas raices, colocándolas luégo en un puchero*).

SIFREDO (*vierte el acero derretido en un molde redondo que luégo mete en el agua, y oýese el chisporroteo que produce al enfriarse*).—Corrió dentro del agua un río de fuego; le anima furiosa resistencia, el frío le domina; se ha solidificado y endurecido y convertido en orgulloso acero; pero pronto circulará por él ardiente sangre. Ahora vuelve á sudar para que pueda forjarte, Nothung, espada deseada! (*Mete el acero entre las ascuas y lo enrojece. Luégo se vuelve á Mime, que coloca su puchero á otro lado del hornillo*). ¿Qué hace allí aquel zopenco con la vasija? ¿mientras estoy yo aquí templando el acero, tú te entretienes en cocer porquerías?

MIME.—Avergonzado quedó un herrero á quien enseñó su aprendiz; acabó ya el viejo para el arte y sirve al mozo de cocinero; mientras hace éste del acero una papilla, él le cuece una bebida y huevos.

(*Sigue cociendo*).

SIFREDO (*trabajando siempre*).—El artista Mime está aprendiendo á cocer; el forjar ya no le gusta; todas sus espadas las he roto, y lo que él cuece no lo probaré. Quiere enseñarme á temer; otro será; ni lo que sabe mejor me pudo enseñar! Es un remendón en todo lo que hace. (*Ha sacado el ardiente acero y lo golpea sobre el yunque con un gran martillo, cantando entre tanto la siguiente canción*.) Forja, martillo mío, forja la resistente espada! Hubo un tiempo en que la roja sangre tiñó tu pálido azul: tú te reías con frialdad! Ahora te ha enrojecido ardiente calor, tu dureza se doma bajo el peso de mi martillo, é irritada

me arrojas chispas porque á ti, indomable, te dominé! Fórjame, martillo, una espada resistente! ¡Cómo me alegran estas chispas brillantes! La cólera es un adorno para el valiente; alegre me sonríes aunque parezcas enojada y ofendida. Con las ascuas y el martillo lo conseguiré; con fuertes golpes he de hundirte; ahora deja tu rubor, enfríate y endurecete tanto como puedas.

*(Sumerge el acero en el agua y se ríe al oír el chisporroteo.)*

MIME *(mientras Sifredo une la hoja al puño; otra vez en el proscenio.)*—Mientras él se fabrica una espada para matar a Fafner, el enemigo de los enanos, yo estoy preparando una bebida venenosa para matarle á él. Por fuerza surtirá su efecto mi astucia. Lo he ganado ya; es mío el misterioso anillo que creó mi hermano, que le hace á uno dominador del orbe entero, mío es ya. Yo subyugaré al mismo Alberto que en su tiempo me subyugó á mí. Bajaré como señor de los nibelungos; todo el ejército tendrá que obedecerme. ¡Cómo respetarán entonces al despreciado enano! Á todos atrae el tesoro, así á los dioses como á los héroes, y á la menor señal se humillará el mundo entero y temblará ante mi ira! Entonces sí que no se cansará ya más Mime; otros trabajarán para amontonarle eterno tesoro. Mime el valiente, Mime es rey, príncipe de los espíritus, dominador de todos! Ay, Mime, ¿cómo lo lograste? ¡Quién lo creyera de ti!

SIFREDO *(limando y puliendo y dando golpes á la espada con un martillito, mientras habla Mime).*—Nothung! Nothung! espada envidiada! ya estás otra vez unida á la empuñadura. Rota te encontré, mas yo te compuse de modo que ningún golpe pueda ya romperte. Al padre moribundo se le hizo el acero pedazos; el hijo le creó de nuevo: ahora su brillo le sonríe y corta su filo. Nothung! Nothung! rejuvenecida y nueva! Otra vez te

dí la vida. Allí estaba tirada hecha pedazos y ahora centellea tu clara luz. Haz que tu golpe alcance al malvado. Mira, herrero Mime: así corta la espada de Sifredo.

*(Al llegar al verso segundo blande la espada y da luego con ella un golpe sobre el yunque y lo parte en dos pedazos, abriéndole de arriba abajo, y cayendo al suelo con gran estrépito. Mime, vivamente pasmado, se cae al suelo. Sifredo, con la mayor alegría, alza al aire la espada. Telón rápido.)*